

MATANZA EN MADRID *La pista del integrismo*

Sólo doce de los cuarenta islamistas detenidos en España tras el 11-S permanecen en prisión

La presión de EE UU obligó a la policía a detener a los sospechosos que tenía vigilados

JOSÉ MARÍA IRUJO, Madrid
Mohamed Bensakhria, un argelino de 34 años, miembro del comando terrorista islámico Meliani, que había huido de Francfort cuando la policía alemana descubrió sus pla-

nes para volar un mercadillo navideño en Estrasburgo, es el pez más gordo de Al Qaeda que ha caído en las redes policiales españolas durante los últimos tres años. Pero hasta su detención, en junio de 2001, la estra-

tegia policial española era muy distinta. La prioridad consistía en recoger información de las células durmientes. Tras el 11-S fueron detenidas 40 personas, la mayor redada de Europa, de las que sólo 12 siguen en prisión.

La detención de Bensakhria reúne los elementos de una película policíaca. Un argelino de pelo rizado y barba de varios días, vestido con una camiseta blanca y vaqueros, salió de un bar de Alicante. Inmediatamente, dos policías de paisano confiscaron el vaso en el que había tomado un café con leche. Querían tomar sus huellas antes de que el camarero las destruyera. Eran la prueba para demostrar que se encontraban frente a uno de los lugartenientes de Osama Bin Laden.

La detención de Bensakhria rompió la estrategia que seguía la policía en sus investigaciones sobre supuestas células durmientes en España. Una estrategia que se resumía en dejar dormir a los durmientes y grabar hasta su respiración. Pero Bensakhria era un pez demasiado gordo para dejarlo dormir entre la numerosa y acogedora comunidad argelina de Alicante. Hoy está en una cárcel de Francia, país que solicitó su extradición.

Tras el 11-S, la presión de los servicios de inteligencia norteamericanos obligó a modificar la estrategia de dos décadas. A partir de ese momento, las fuerzas del orden recibieron orden de detener a los durmientes que habían vigilado durante años, cuyo seguimiento había proporcionado informaciones tan relevantes como la que trasladó en enero de 1995 Margarita Robles, entonces secretaria de Estado de Interior, a las autoridades francesas. Robles les previno sobre una campaña de atentados que, seis meses después, llevó el pánico hasta el metro y las calles de París.

La mayor redada de Europa

A partir del 11-S se rompió para siempre el pacto nunca escrito de no intervención por el que España, a medio camino entre el Islam y Europa, se había convertido en refugio de numerosos simpatizantes de los islamistas. Entre los más activos figuraban los del GIA argelino y los de su escisión, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate.

Para la policía se acabó el filón informativo con el que había alimentado a los servicios de toda Europa durante años. Y para los durmientes se terminaron los tiempos de vivir tranquilos en la retaguardia española, que se había convertido en su anillo final, según asegura un informe de la Fiscalía de Milán. Ese informe sirvió para sentenciar al tunecino Essid Sami Ben Khemais, *Saber*, de 33 años, el primer condenado por pertenencia a Al Qaeda en Europa. Un hombre que días antes de su detención en Italia se paseó por Pamplona y Valencia.

Quince días después del ataque contra las Torres Gemelas fue detenido un grupo de salafistas en Valencia, Almería, Huelva, Navarra y Murcia. Un mes más tarde, el juez Garzón encarceló al grupo de sirios y marroquíes que dirigía en Madrid y



Bensakhria, presunto jefe de Al Qaeda, tras declarar en los juzgados de Benalúa (Alicante) en junio de 2000. / OLIVARES NAVARRO

“En el locutorio pasaba algo raro”

Los habitantes de Lavapiés especulan sobre sus vecinos detenidos

F. J. BARROSO, Madrid
Las detenciones de cinco personas en relación con los atentados del 11-M eran ayer la comidilla en el populoso barrio madrileño de Lavapiés. El locutorio Nuevo Siglo, situado en la calle de Tribulete se convirtió, junto a algunos domicilios de la zona, en el centro de atención de decenas de periodistas. Los vecinos y algunos curiosos se acercaron para comprobar en directo lo que veían en los distintos medios de comunicación.

“Sabíamos que algo raro ocurría en ese local. Lleva funcionando como locutorio desde hace unos tres o cuatro años y siempre estaba lleno de gente”, señalaba una vecina de la calle de Tribulete. “Iba todo el barrio y gente de fuera a comprar las tarjetas y los teléfonos móviles, porque eran más baratos que en otras tiendas. No cabe duda de que muchos habían sido robados”, añadía.

Los vecinos destacaban que los tres últimos dueños del locutorio eran personas muy educadas y siempre trataban a la gente con mucho respeto. El local tenía una pequeña zona para

atender a los clientes y un sótano. “Por las mañanas no paraban de dar golpes. El ruido era muy fuerte”, contaba una señora que se aplicaba en barrer la acera. “Todavía no me puedo creer que tuviéramos a gente tan peligrosa tan cerca. Prefiero no pensarlo, porque lo duro y lo cruel es ver cómo ha muerto tanta gente”, añadió.

La noche en que policías de paisano registraron el local, algunos vecinos asombrados salieron a la calle Tribulete para observar cómo los agentes sacaban una decena de cajas blancas cargadas con material del locutorio y diversos ordenadores precintados.

Crespones negros

Crespones negros a la entrada de las tiendas y en muchos balcones se podían ver en el barrio. Varias pintadas, todavía frescas, demostraban que algunos vecinos han elaborado una teoría muy personal acerca de la autoría de los atentados: “CIA = policía = Al Qaeda”. Cuando los periodistas preguntaban sobre ese asunto a alguno de los miles

de magrebíes que viven en este barrio multicultural, la respuesta era siempre la misma: “No hablo bien español, pero ha sido ETA”.

En la carnicería islámica Tánger, de la calle de Sombrerete, el dueño y los clientes coincidían en negar que los asesinos puedan ser musulmanes: “El Corán prohíbe matar, sabe usted”, afirma el dueño. “Eso lo han hecho los de ETA”, insistía Jalid, un argelino que dice llevar tres meses en España.

Jóvenes marroquíes que pasaban la tarde en los bancos del parque de la calle de Cabestros mostraban su rechazo por los atentados, aunque negaban que los detenidos el sábado tengan algo que ver con las bombas. Coincidían también en culpar a ETA. Karim afirmaba conocer al tangerino Jamal Zougam, que está siendo interrogado por la policía: “Sólo se dedicaba a arreglar móviles. Ese rollo [su vinculación con la masacre del jueves] se lo ha inventado la policía”.

Con información de Michael Neudecker y Arturo Díaz.

Castellón Imad Eddin Barakat, *Abu Dahdah*, al que vincula con el 11-S. En enero del 2003 fueron detenidos en Barcelona y Girona 16 argelinos y marroquíes, una operación que resultó un fiasco. En total, 40 personas, el mayor número de capturas de Europa.

De ellas, hoy sólo siguen en prisión una docena. El resto fueron puestas en libertad por falta de pruebas. “Dimos una patada al avispero pero, si se demuestra la marca de Al Qaeda en el 11-M, está claro que nos quedamos muy cortos”, reconoce un agente

dedicado a combatir el terrorismo islámico. En ese caso, los servicios de inteligencia españoles quedarán en la misma posición difícil que sus homólogos norteamericanos tras el 11-S. Como ellos, no se tomaron en serio la posibilidad de un atentado.

En el punto de mira de la ‘yihad’

JAVIER VALENZUELA
El 31 de marzo de 2003, Hosni Mubarak advirtió: “Vamos a tener un centenar de Bin Laden”. El presidente egipcio resumía así el principal argumento contra la disparatada guerra de Irak. El remedio era peor que la enfermedad. El peligro que Bush, Blair y Aznar decían pretender conjurar —la supuesta existencia en Irak de armas de destrucción masiva— era muy inferior a los riesgos contenidos en la caja de Pandora que se estaba abriendo. Esos riesgos se han materializado uno tras otro: la libanización de Irak, una feroz resistencia contra los ocupantes y la concesión a Bin Laden y el islamismo político de nuevos argumentos, espacios de acción y reclutas.

El 11-M es la consecuencia directa, y tristemente previsible, de la participación española en la guerra de Irak. Antes de esa siniestra fecha, nuestro país ya había pagado un serio precio de sangre por la megalomanía de Aznar: la muerte de 11 soldados y espías en Irak y el atentado *yihadista* contra la Casa de España en Casablanca. Pero no cabía descartar un horror aún mayor, máxime cuando Bin Laden y Al Zawahiri, los dos principales dirigentes de esa nebulosa de células, grupos y movimientos conocida como Al Qaeda, habían designado a España entre sus nuevos objetivos.

El empeño interesado del Gobierno en señalar a ETA, su retraso en facilitar los indicios que apuntaban hacia el *yihadismo* y algunos elementos del 11-M —como la ausencia en el mismo de *kamikazes*, al menos según la versión oficial—, hicieron que los expertos en Al Qaeda mantuvieran la cautela hasta la tarde del sábado día 13. Ahora no cabe duda: estamos ante el escenario más de pesadilla, un escenario que este comentarista anticipó en 2002, antes de la guerra de Irak, en un libro titulado *España en el punto de mira. La amenaza del integrismo islámico*. Ya entonces, cuando Aznar se jactaba de tener controlada la situación, había muchos elementos —desde las visitas de Mohamed Atta a Madrid y Salou y la desarticulación en nuestro suelo de comandos islamistas hasta el tono antiárabe de la política de Aznar, pasando por nuestra situación fronteriza con el mundo islámico y la existencia en nuestro seno de medio millón de musulmanes, la gran mayoría inocentes trabajadores, aunque algunos susceptibles de ser tentados por el *yihadismo*— que hacían temer que nuestro país no estaba a salvo del terrorismo islamista. España, que ya sufría la gangrena del terrorismo etarra, tenía que ser muy prudente en su política exterior.

Alinearse en la guerra de Irak con Francia y Alemania era lo sensato. Lo contrario fue un aventurerismo lindante con la traición a los intereses nacionales. Al nuevo Gobierno de la nación le toca ahora recoger los platos rotos.